

## **Salvación por el cuerpo**

Publicado por: Pedro Salinas

Publicado el : 20-7-2013 18:27:49

¿No lo oyes? Sobre el mundo,  
eternamente errante  
de vendaval, a brisas o a suspiro,  
bajo el mundo,  
tan poderosamente subterránea  
que parece temblor, calor de tierra,  
sin cesar, en su angustia desolada,  
vuela o se arrastra el ansia de ser cuerpo.  
Todo quiere ser cuerpo.  
Mariposa, montaña,  
ensayos son alternativos  
de forma corporal, a un mismo anhelo:  
cumplirse en la materia,  
evadidas por fin del desolado  
sino de almas errantes.  
Los espacios vacíos, el gran aire,  
esperan siempre, por dejar de serlo,  
bultos que los ocupen. Horizontes  
vigilan avizores, en los mares,  
barcos que desalojen  
con su gran tonelaje y con su música  
alguna parte del vacío inmenso  
que el aire es fatalmente;  
y las aves  
tienen el aire lleno de memorias.  
¡Afán, afán de cuerpo!  
Querer vivir es anhelar la carne,  
donde se vive y por la que se muere.  
Se busca oscuramente sin saberlo  
un cuerpo, un cuerpo, un cuerpo.

Nuestro primer hallazgo es el nacer.  
Si se nace  
con los ojos cerrados, y los puños  
rabiosamente voluntarios, es  
porque siempre se nace de quererlo.  
El cuerpo ya está aquí; pero se ignora,  
como al olor de rosa se le olvida  
la rosa. Le llevamos  
aliado nuestro, se le mira  
en los espejos, en las sombras.  
Solamente costumbre. Un día  
la infatigable sed de ser corpóreo

en nosotros irrumpe,  
lo mismo que la luz, necesitada  
de posarse en materia para verse  
por el revés de sí, verse en su sombra.  
Y como el cuerpo más cercano  
de todos los del mundo es este nuestro,  
nos unimos con él, crédulos, fáciles,  
ilusionados de que bastará  
a nuestro afán de carne. Nuestro cuerpo  
es el cuerpo primero en que vivimos,  
y eso se llama juventud a veces.  
Sí, es el primero y eran dieciséis  
los años de la historia.  
Agua fría en la piel,  
zumo de mundo inédito en la boca,  
locas carreras para nada, y luego,  
el cansancio feliz. Tibios presagios  
sin rumbo el rostro corren,  
disfrazados de ardores sin motivo.  
Nos sospechamos nuestros labios, ya.  
La primer soledad se siente en ellos.  
¡Y qué asombrado es el reconocerse  
en estas tentativas de presencia,  
nosotros en nosotros, vagabundos  
por el cuerpo soltero!  
Alegremente fáciles,  
se vive así en materia  
que nada necesita, si no es ella,  
igual que la inicial estrella de la noche,  
tan suficientemente solitaria.  
Así viven los seres  
tiernamente llamados animales:  
la gacela  
está en bodas recientes con su cuerpo.

Pero luego supimos,  
lo supimos tú y yo en el mismo día,  
que un cuerpo que se busca  
cuando se tiene ya y se está cansado  
de su repetición y de su pulso,  
sólo se encuentra en otro.  
¿Con qué buscar los cuerpos?  
Con los ojos se buscan, penetrantes,  
en la alta madrugada, ese paisaje  
del invierno del día, tan nevado;  
en el lecho se buscan,  
donde estoy solo, donde tú estarás.  
La blancura vacía  
se puebla de recuerdos no tenidos,

la recorren presagios sonrosados  
de aquel rosado bulto que tú eras,  
y brota, inmaterial masa de sueño,  
tu inventada figura hasta que llegues.

Allí, en la oscura noche,  
cuando el silencio lo permite todo  
y parece la vida,  
el oído en vela escucha  
vaga respiración, suspiro en eco,  
sospechas del estar un cuerpo aliado.  
Porque un cuerpo -lo sabes y lo sé-  
sólo está en su pareja.  
Ya se encontró: con lentas claridades,  
muy despacio.  
¡Cómo desembocamos en el nuevo,  
cuerpo con cuerpo igual que agua con agua,  
corriendo juntos entre orillas  
que se llaman los días más felices!  
¡Cómo nos encontramos con el nuestro  
allí en el otro, por querer huirlo!  
Estaba allí esperándose, esperándonos:  
un cuerpo es el destino de otro cuerpo.

Y ahora se le conoce, ya, clarísimo.  
Después de tantas peregrinaciones,  
por temblores, por nubes y por números,  
estaba su verdad definitiva.  
Traspasamos los límites antiguos.  
La vida salta, al fin, sobre su carne,  
por un gran soplo corporal hinchidas  
las nuevas velas:  
atrás se cierra un mar y busca otro.  
Encarnación final, y jubiloso  
nacer, por fin, en dos, en la unidad  
radiante de la vida, dos. Derrota  
del solitario aquel nacer primero.  
Arribo a nuestra carne trascorpórea,  
al cuerpo, ya, del alma.  
Y se quedan aquí tras el hallazgo  
-milagroso final de besos lentos-,  
rendidos nuestros bultos y estrechados,  
sólo ya como prendas, como señas  
de que a dos seres les sirvió esta carne  
-por eso está tan trémula de dicha-  
para encontrar, al cabo, al otro lado,  
su cuerpo, el del amor, último y cierto.  
Ese  
que inútilmente esperarán las tumbas.